

# PALABRA DE COMPENETRACIÓN: LA POESÍA DE FRANCISCO SÁNCHEZ BAUTISTA EN SU ALTURA CONSTANTE

POR  
GONZALO SOBEJANO

En todo poema lírico el sujeto que dice su palabra contempla algo, descubre en lo contemplado una verdad y se compenetra con esa verdad afirmativamente (cuando no deplora la pérdida de ella, en el canto elegíaco, o condena su desfiguración, en la sátira). Todo consistiría en eso: contemplar la apariencia, descubrir su verdad, y amarla.

Francisco Sánchez Bautista es un poeta lírico -un poeta del alma- que viene escribiendo desde antes de 1957 (fecha de publicación de su libro primero) poemas de una sostenida altitud en los que pueden reconocerse los tres momentos señalados: contemplación, revelación, compenetración. A través de ellos pasa el poeta desde la muda inmanencia perceptiva a la conceptiva trascendencia, plenamente alcanzada cuando el lector conoce el poema (y el primer lector de éste es siempre el poeta mismo).

Para ilustrar aquellos tres momentos, valga como ejemplo una breve rima de Antonio Machado (PC, LXXXVIII):

*Tal vez la mano, en sueños,  
del sembrador de estrellas,  
hizo sonar la música olvidada  
como una nota de la lira inmensa,  
y la ola humilde a nuestros labios vino  
de unas pocas palabras verdaderas.*



Lo visto en la contemplación es la imagen del sembrador de estrellas; lo descubierto en la revelación es la olvidada música del cosmos; lo acogido en la compenetración son esas pocas palabras verdaderas viniendo a nuestros labios.

O este otro ejemplo del propio Machado, aún más breve pues consta de un verso único: “Hoy es siempre todavía” (*PC*, CLXI, viii). “Hoy” es lo contemplado; “siempre”, lo revelado; “todavía”, lo abrazado. Contemplo el día de hoy, se me revela su atributo sempiterno, y me compenetro con la esperanza de que si en este “hoy” he descubierto un “siempre”, ambos puedan ser, deban ser, y yo quiero que sean, aquel “todavía”. El verso de Machado irradia amor, creencia y esperanza.

La inducción orientadora del comentario que ofrezco es ésta: FSB da prioridad y preponderancia al momento de la compenetración sobre los otros dos, dependientes de ella. Además, la actitud compenetrativa de su poesía, a pesar de elegías y aun de sátiras, lleva un signo infatigablemente afirmador: de caridad, de esperanza y de fe.

Después de sus dos libros iniciales (*Tierras de sol y de angustia*, 1957, y *Voz y latido*, 1959), en los que se advierte doble resonancia de Antonio Machado y de Miguel Hernández (pues el poeta joven siempre ha de batallar con el hechizo de sus maestros), FSB publica en 1960, en Cartagena, su *Elegía del Sureste*, a mi entender la mejor elegía colectiva de nuestro siglo, en lengua española, si se exceptúa la póstuma de César Vallejo, *España, aparta de mí este cáliz*. El poema liminar de *Elegía del Sureste* es la dedicatoria a sus protagonistas: los jóvenes que, arrastrados a la guerra civil, sucumbieron en ella, perdidos en la nada de la muerte, privados del futuro que les esperaba, y cuyo ejemplo hubiera podido hacer reflorcer más tarde el laborioso campo de la paz. Comienza así el poema:

*Para vosotros, la semilla alegre,  
los más carnosos frutos de la patria,  
estos trenos me arranco, esta elegía,  
de la hondura más honda de mi alma.*

A lo largo de esta dedicatoria a sus hermanos mayores el poeta, que en 1936 era niño, prodiga las expresiones de inmediato contacto y cálido conocimiento: “Pero vuelvo a nosotros, mis amigos”; “Mis queridos amigos casi imberbes, / hoy os recuerdo a veinte años de distancia”; “Yo me iría a la tierra con vosotros”. En versos intermedios se halla este precioso ejemplo de actitud compenetrada anterior a la visión del espacio común abarcante: “¡Oh, queridos, qué tiempos los pasados / bajo el frescor perenne de los huertos / rebuscando naranjas encendidas / o apagados limones de agrio ceño!”. El ademán de amor se adelanta a la mirada: “queridos” antes que “huertos”. Sólo en la última estrofa se llega a una revelación de verdad, pero no en forma abstracta, sino en la concreción -todavía frutal- de la imagen:



...Y vosotros, los rudos poderosos,  
los del cuerpo robusto y la fe ciega  
en las buenas cosechas, no sois nada  
más que maizal quebrado en la tormenta.

Leyendo *Elegía del Sureste*, puede tenerse la impresión (tal es mi caso) de que la poesía de FSB es una poesía de máximo poder compenetrativo dentro de la cual el primario ademán de contacto (interpenetrarse, incluirse, entrafñarse) predomina en la edificación del poema sobre la fase de conocimiento (comprender, interpretar, trascender) o coincide enteramente con ella. Rara vez en esta poesía se exhibe el momento de revelación de una verdad; más bien ese momento se ofrece como el acto amoroso de una voluntad que sabe de dónde viene, en dónde se encuentra y a dónde se encamina.

La función apelativa del lenguaje (del Yo hacia el Tú) y la expresiva (del Yo hacia Todo) inspiran y gobiernan las creaciones de SB. La función referencial, en cambio, aunque abra inolvidables escenas de piedra sedienta y de oasis levantino, de aire habitado por pájaros fieles (ninguno más persistente que el pardo ruiseñor), hermanas aguas deseadas e implacables ardores, resulta menos determinante.

Si a veces la poesía de FSB concuerda con la de un poeta algo más joven como Claudio Rodríguez (surgido a la conciencia lectora en los años 50), el Yo de los poemas del murciano nunca es solitario, sino honda y altamente acompañado. Ama antes de contemplar y descubrir, y porque ama mucho, bien y constantemente, mira, halla, descubre y, al cerrar el abrazo que cada poema suyo encarna, confirma ese abrazo ancho e intenso, lo rubrica permanentemente.

En 1968 veía la luz otro libro suyo, *Razón de lo cotidiano*, central en su vida y obra: lo publicó cuando tenía 43 años, y era su sexto libro entre los editados como tales, anterior a otros cuatro.

He aquí los primeros versos de algunos poemas de ese libro. De “Los emigrantes”: “Se sabían la patria de memoria. / A veces, cuando hablaban, / un borbotón de pueblos y lugares / se les volvía amor, viva sustancia”. De “Los hortelanos”: “Son la arcilla más noble. / Surgen cada mañana / enjorados de luz. Alegremente / vaticinan cosechas, fñan, cantan”. De “Los campesinos”: “Siempre cansados, siempre / como si regresárais de un desierto. / ¿Y la esperanza, amigos / por dónde os llegará?”. De “Mediterráneos”: “Mediterráneos, sí, mediterráneos / los nacidos aquí junto al mar cálido. / Por la luz nos conocen. Comulgamos / con cielos y paisajes despejados”.

Debe notarse que *Razón de lo cotidiano* tal vez sea el libro más descriptivo de FSB, como indican los títulos de sus tres secciones: “Hombres y paisajes”, “Pueblos e impresiones” y “Junto al mar de Ulises”; y ¿es menester recordar que la contemplación suele iniciarse descriptivamente, presentando lo que se mira y se



quiere hacer ver? Notado aquello y recordado esto, llama la atención que en los citados comienzos de poema las expresiones más impresionantes no sean visuales (la visión pide distancia), sino de contacto, de inclusión y entrañamiento, “entrañales” cabría llamarlas (y el contacto exige inmediatez). Reitero abreviadamente: “se les volvía amor”, “fían, cantan”, “¿Y la esperanza, amigos, / por dónde os llegará?”, “Comulgamos / con cielos y paisajes”.

Tal sería la actitud más acusada de FSB en su constante y noble ejercicio: el amor inspira la visión; la compenetración con lo amado genera su contemplación diáfana; el corazón, por la boca, guía a los ojos hacia lo que éstos deben mirar. Vivir para ver. Sentir para hacer ver. Haberse conmovido para ver, para mover, para conmover.

El tercer libro capital entre los publicados por nuestro poeta me parece *Encuentros con Anteo* (1976), al que dedicó memorable prólogo Miguel Espinosa.

Siendo como es, y como fue desde el principio, FSB hombre de tierra y poeta de tierra (de la tierra toda en su naturaleza y en su humanidad, de las tierras de España y, muy en especial, del Sureste y de la Murcia árida y la Murcia fecunda) es comprensible que viniese a comulgar con la figura de Anteo, el gigante que, en lucha con extraños, cobraba nuevas fuerzas al contacto con la tierra, su madre, mientras sentía menguada su potencia si el adversario le alzaba al aire, y así fue como Heracles llegó a vencerle.

Ya en *Razón de lo cotidiano* asomaba el nombre del gigante en una ocasión: “Los hortelanos tienen, / como Anteo, su fuerza soterrada. // Son la arcilla más noble, / la hombría más exacta” (“Los hortelanos”). Y años más tarde, en el poema “El emigrado” (de *La sed y el éxodo*, 1975) reaparecía aquel nombre: “Anteo aprisionado entre ascensores / de una umbrosa ciudad, ¿quién desalinea / tu talante rural, tu gracia niña, / tus primarios modales, tus candores?”.

En *Encuentros con Anteo*, FSB se encuentra en Anteo y sintetiza en la imagen de este conductor de tierra su vocación geológica, geográfica y agraria, no haciendo de aquella imagen un especulativo símbolo mítico, sino plasmando en ella (SB prefiere siempre concretas claridades: María Isabel Jarera más cercana y más tierna que Deméter) al sembrador de los surcos, al poeta prendado de su huerta y a la criatura personal, toda de humus humano, que, por último, interroga así al Dios que necesita:

*Si tierra alzada soy, ¿no has de acordarte  
de este poco de barro, y has de darme  
la gracia de sentirme antigua arcilla  
alentada por tu sublime aliento?  
Con fervor te lo ruego: dame un poco  
de terrena emoción allá en tu reino  
 (“Encuentro final”)*



Anteo salva con su siembra la tierra amenazada, es autor de palmeras y granados en el suelo de Elche, frutecedor, morador de su casa, es el limo del río, es el padre del poeta. Es Anteo, en las cinco “exaltaciones” de la parte segunda del libro, el Unamuno que pide tierra más allá del morir, el Antonio Machado peregrino de Castilla y desterrado, el César Vallejo que plañe en “este valle de lágrimas”, León Felipe echado a buitres como Prometeo y regresado a su origen (la Tierra), y es Anteo Miguel Hernández, a quien dice SB: “La emoción de vivir está en la tierra / donde todo es sencillo hasta la muerte”.

Los últimos encuentros del libro son encuentros con la vida (“Procreo, luego existo”), con los humildes, consigo mismo (“Yo siempre supe a tierra”), con los frutos logrados, con un “un hombre de paz” (la tierra es materia de paz y de paciencia), más la ya mencionada plegaria última al Dios necesario: “dame un poco / de terrena emoción allá en tu reino”.

Vengo citando estrofas de FSB, que pueden dar una imagen fragmentada de su verbo. Leo ahora un poema suyo entero, de circular abrazo como tantos otros. No tiene título, pero va dedicado al padre:

*No almorzaste con gentes importantes,  
sino que hiciste mesa  
redonda con los pobres;  
la hermosa mesa, padre,  
de la cordialidad honda y humana  
y la fraternidad bien entendida.  
Por eso, ahora, afirmo  
que es tu denso sudor un río honroso  
que te ha sorregado infinitas veces  
desde tu cuna al día de hoy. (Cuando  
te dedico este elogio  
cumple ochenta y dos años de vida,  
y una sonrisa inconfundible, tuya,  
frutal y airosa, confirmando viene  
tu térrea fortaleza).*

*Tu voz y tus acciones  
de vegetal se visten.  
Y hay un fértil rumor de generosa  
acequia navegable  
por todas tus arterias.  
¿Y no es el trigo, su sabor a vida,  
resumen del desvelo  
de tu existencia activa y alentada?*



*Anteo, padre mío,  
aún se alegra la fronda si la mimas  
y se engrandece el árbol si tus manos  
y tus ojos se posan  
con tu terco cariño irremediable  
en su verdoso origen.  
El agua te sugiere  
los verdes más intensos  
para una sombra donde  
hacer mesa redonda con los pobres,  
ya que nunca almorzaste  
con gentes importantes. (Ni siquiera  
con el pedáneo, nuestro buen vecino).*

*Porque sólo la tierra  
ha sostenido, Anteo, tu cansancio,  
y tu palabra justa  
no pasó las fronteras vecinales,  
admiro tu grandeza de ánimo  
y esa honda y rural filosofía  
que se destila en tu palabra humilde  
y sincera, la que apostando gana  
porque verdad y corazón la dictan.*

*Y porque has sido claro y espacioso  
y rotundo de sombra como el árbol,  
vienes a este poema que te exalta  
en tu hombredad grandiosa, raíz mía,  
viejo amigo del sol, Anteo-tierra,  
hondo aluvión sin diques de mi sangre.*

Resaltados los tres libros que estimo decisivos en la trayectoria de FSB (*Elegía del Sureste*, *Razón de lo cotidiano* y *Encuentros con Anteo*), títulos muy expresivos del sentimiento de tierra humanada -tierra natal, tierra vivida y tierra magnética- que impregna su obra, deben recordarse otros dos no menos admirables: *Del tiempo y la memoria* (luminosamente prologado por Francisco Javier Díez de Revenga) y *Alto acompañamiento*, breviarío de contactos del humanista murciano con hermanos remotos, desde Hesíodo a Horacio.

Es elocuente que en el libro *Del tiempo y la memoria* (tan en esencia elegíaco) proceda el autor desde la "Inútil búsqueda del tiempo" (título de su sección primera), a través de "Tiempo de elegía", "Tiempo para Deméter", "Caudal de la memoria" y "Debajo de las sombras del olvido", hacia una última sección que se titula "Ganado por la luz". La aparente derrota se salva retornando al origen: a



espaldas de la muerte frutece “la placiente placenta de la vida”; se canta el amor juvenil, la primavera, las frutas de octubre; y así la elegía culmina en oda.

No menos elocuente es el hecho de que, si bien los tres libros que integran *Alto acompañamiento* canten el primero la energía de la vida en son de himno, el segundo la dignidad de la conciencia en clave de sátira, y el tercero la huida del tiempo en tono de elegía, los últimos versos de la colección se amparen bajo el confiado “Exegi monumentum aere perennius” de Horacio (Oda XXX de su libro III): Coroné un monumento más durable que el bronce.

Dirigiéndose a los poetas que tan ejemplarmente le movieron a dialogar, dice con limpia ilusión el acompañado:

*Cuando el sol envejezca,  
y todo aquello hermoso que alzó el ansia  
del hombre, sea ceniza,  
seguirán resistiéndose a la muerte  
esos altos conceptos que a la vida  
les dísteis con palabras*

(“Alto acompañamiento”)

Tal creencia en la perduración de la palabra poética en la otra ribera, más allá del tiempo y del mundo, es una forma de fe (superior a la ciega candidez y a la vana superstición) que descubre una vez más la esperanza del poeta en la dignidad de la tierra y su honda compenetración con ella.

En su alto acompañamiento, FSB prefiere, entre sus interlocutores helenos y latinos, al Homero de guerras y aventuras, el Hesíodo de los trabajos y los días:

*Ni obeliscos, ni mármoles, ni piedras  
-¡si el Partenón ya es ruina irremediable!  
nos hagan engreídos, parco griego.  
Sólo la voz podrá ser portadora  
-si ha sido noble y solidaria- un día  
de esta hermosa pasión que nos trastorna  
y nos une al afán de cada instante*

(“Encuentro con Hesíodo”)

Contacto, conocimiento y compenetración anuncian los títulos de otros libros de FSB sobre los cuales no puede extenderse este comentario: *Voz y latido*, *Cartas y testimonios*, *A modo de glosa*, *La sed y el éxodo*. Voz, latido, cartas, testimonios, glosa (¿hay poema más compenetrado que la “glosa”?): explícito intertexto donde una voz segunda se enlaza a la primera y la renueva), éxodo recordado y compadecido. No; FSB no es poeta de turbias soledades ni de apartadas obsesiones. Es poeta que aspira a la verdad y la salud, a la ofrecida y acorde compañía.



Me permito ahora proponer ciertas notas que, en torno a la poesía de FSB, tratan de distinguir y caracterizar su obra. Si, como observó agudamente Miguel Espinosa, los poemas de SB atestiguan con frecuencia “una claridad paidética, casi didáctica”, mi ejercicio de profesor (que es lo que soy) me obliga a emular tan recta claridad.

La pauta métrica preferida de SB es la combinación de versos de once y siete sílabas. Pocas veces asoma el alejandrino y nunca el verso libre, lo cual aleja a nuestro poeta de modernismos y vanguardias, emplazándolo en la línea de los permanentes: Bécquer, Unamuno, Machado y ciertos poetas de los años 50 (Otero, González, Rodríguez).

A menudo (y creo que por fortuna) el verso de FSB, en particular su endecasílabo, incumple las expectativas silábicas o rítmicas del lector tradicional. No se debe ello a torpeza del versificador, sino a una móvil libertad de su instinto expresivo, fuera de la obediencia a un estricto canon de números y acentos. He aquí un ejemplo del poema recién leído: “Por eso, ahora, afirmo / que es tu denso sudor un río honroso / que te ha sorregado infinitas veces”. Este verso último cuenta once sílabas gramaticales, pero métricamente (si no se acepta incurrir en violentas sinalefas) sólo puede leerse como un compuesto de dos versos de siete y seis sílabas, anómalo dentro del patrón de la silva elegido por el poeta. Pero no se trata de un defecto, sino de una virtud. Recobraría normalidad el verso reconstruido así: ‘que te ha regado innumerables veces’. A la corrección veríamos sacrificados, sin embargo, el preciso y murciano “sorregar” (presente en otros textos de SB) y esa misma imperfección formal, índice de su amor a la ‘verdad-haciéndose’ por encima de la ‘verdad-hecha’. Estas irregularidades prueban una sabia y ágil ductilidad, y suelen darse de un modo incidental y espaciado. Citaré, no obstante, un ejemplo de acumulación, equivalente a una irrupción de verso libre. El poema de *Elegía del Sureste* que empieza “¡Ay campo mío, de mi patria, campo...!”, prosigue combinando versos de once y siete, pero de pronto, en la estrofa cuarta, el ritmo semántico se sobrepone al eufónico previsto, y de los versos que la integran el cuarto es de nueve y los otros de doce sílabas: “Que le den al campo sus robustos brazos, / sus nombres verdaderos, que le den cuanto / es del campo: libertad, caminos llanos, / hoces y máquinas, mercados, / amigos sin malicia, eficaces, parcos. / ¡Que le den al campo cuanto le han robado!”. Y retorna después el endecasílabo predominante: “¿Qué hacéis, miles de amigos, concentrados...?, “No estáis haciendo nada. Estáis cansados...”, etc.

Poeta que prefiere la rima asonante (favorita de Antonio Machado para poner la palabra en el tiempo), aunque dueño y señor de la consonante como virtuoso del soneto, FSB usa de ambas con tino y lealtad, hasta que se decide por el verso blanco -el más adecuado al intento- en los coloquios con los griegos y romanos de su *Alto acompañamiento*. Nunca excogita rimas raras, dado su empeño en comunicar al lector mensajes accesibles conmovedores.





En la constitución estrófica de sus poemas se notan como principales modelos la silva asonantada, el romance de arte menor y el soneto educado en la tradición de Quevedo, Miguel Hernández y Blas de Otero.

No practica nuestro poeta brillantes juegos combinatorios de sonido y sentido, ni en la línea barroca (como Hernández) ni en la modernista y vanguardista. La verdad vigoriza siempre su verbo, guardándolo de la sobrecarga retórica y del capricho lúdico.

Clara con la claridad del ámbito en que nace y de la humanidad honrada a la que se dirige, la sintaxis poética de FSB no se ve enturbiada jamás por elipsis, inversiones ni otros artificios. Se diría que el locutor habla más al tacto moral del destinatario que al goce de su oído y de su vista, iniciando un abrazo que espera el abrazo del otro. Incluso cuando imprime a su poesía una tendencia más discursiva, a mediados de los años 60, no pierde temperatura emocional, pues le guía sin cesar el vasto impulso a una verdad abierta, que sacuda y envuelva al receptor.

El cariz metafórico más que metonímico de esta poesía (no obstante la huella de Quevedo) la aproxima a Lorca, Hernández y a los meridionales para quienes el mundo exterior existe; un mundo aquí tensado entre la tierra sedienta y el espejismo del agua.

Es Francisco Sánchez Bautista poeta vehemente, pero no hiperbólico. Acaso en el libro *Voz y latido*, el más intervenido por la sombra de Miguel Hernández, pueda sentirse el peligro de haber podido quedar en epígono del pastor de Orihuela. Curioso, Miguel Hernández comenzó por las pirotecnias neogongorinas de su *Perito en lunas*, no se sustrajo al alarde barroco ni siquiera en los eléctricos sonetos de *El rayo que no cesa*, fue después el poeta-soldado a quien lectores de todo el mundo conmemoran en la estela de García Lorca, y sólo al final de su breve y castigada vida halló la autenticidad plena en versos como éstos, que repercuten en algunos de FSB:

*Mírame aquí encadenado,  
escupido, sin calor  
a los pies de la tiniebla  
más súbita, más feroz,  
comiendo pan y cuchillo  
como buen trabajador  
y a veces cuchillo solo,  
sólo por amor*

(“Antes del odio”,  
*Cancionero*)

La trayectoria de FSB es diferente. Empieza arriesgado al pueblo que canta, y prosigue sin interrupción por tal camino, evocando a los jóvenes que sucumbieron



en el inhumano desastre de 1936. Cuando ya todo quedó en lejana memoria, pasa a una forma de poetizar autorreflexiva en gran parte y más refinada y distanciada en apariencia, aunque consagrada perpetuamente a quienes trabajan y sufren.

Quiero destacar así que FSB no es el epígono de Miguel Hernández que él, en la “exaltación” a éste dedicada, declara modestamente ser. Es poeta más enjuto que Hernández, menos recoleto que Antonio Machado y nada oratorio a la manera del León Felipe posterior a sus versos y oraciones de caminante. Muy afín es, en cambio, a César Vallejo, si bien la expresión del peruano (aun en sus últimos poemas) resulte en cualquier caso más enigmática y angustiosa que la de FSB. En el poema que éste dedica a Vallejo, entrelaza palabras y versos del dedicatario en denso ejemplo de honda compenetración; pero, palabra por palabra y verso a verso, revélase menos hermético, más alumbrado. La luz de Murcia cala sus arterias.

Los poemas de FSB empiezan, siguen y acaban de un modo directo y eficaz, sin prolijidad, sin ambigüedades. Lo mejor, diría yo, es la toma de contacto, no abandonada en medio, e intensificada al final. Aunque la categoría imperante es el espacio (la tierra), el tiempo como objeto de meditación y de lamento adquiere presencia cada vez mayor, al paso de la edad. Y así como la temporalidad en su fluir instantáneo, se percibe también con claro dibujo el tiempo histórico en que los poemas fueron escribiéndose: la escuálida España de la postguerra, el éxodo de los trabajadores en los años 50 a 60, la transición con sus temores y esperanzas, las crecientes alarmas ecológicas.

El Yo de los poemas de SB no se oculta, no se recata ni enmascara; tampoco se ostenta: gobierna sus mensajes de amor natal, familiar y social (rara vez erótico). No es un Yo solitario, sino dialogal, enraizado en el terruño. A medida que el poeta desarrolla su obra, se acentúa la apetencia de solidaridad, pero también el anhelo de definirse a sí mismo por recapitulación de lo conseguido, y esto le encauza a una postura metapoética, desde la cual se identifica ante sus lectores, expone la razón de su amargura, exhorta a otros poetas a dejar testimonio de la historia vivida: “Mi corazón, mi verso, está cargado / de humano acontecer...” (en *A modo de glosa*), “...es para mí cantar una catarsis” (en *La sed y el éxodo*), “Invito a los poetas, / desde hoy, a calar hondo / en el sentir del pueblo” (en el mismo libro), “Hay un sabor a tierra en cuanto digo” (en *Del tiempo y la memoria*), o de igual libro, en el poema “Identidad”:

*Mi identidad es ésta, amigos míos:  
saberme armonizado en esta tierra  
donde la voz se me hizo y la estatura  
a imagen de un paisaje y de unos hombres  
que ejercieron la vida  
hasta otorgar sus dones más humanos.*



Y esta madurez del artista que reflexiona sobre su propia labor y sus ideales propósitos le lleva al fin a departir con los poetas de la antigüedad, compenetrándose con ellos y acercándolos así a nosotros.

¿Es necesario decir que FSB no es un poeta postmoderno, desenfadado, es-céptico, irónico? Tampoco un poeta religioso, aunque nombre a Dios y anhele su existencia. Su alma es del Mediterráneo, del Sureste, de Murcia, de la madre tierra, de la naturaleza. Canta el suelo nativo, la familia (padre, hermanos), a los compañeros perdidos y a los desamparados. Canta la ardida sequía de los pueblos solos y la vega con sus acequias y brazales, sus huertos y sus frutas y sus pajaricos. Ajena al sucederse de las corrientes efímeras, su poesía brota siempre de la misma arraigada verdad.

Los críticos que públicamente manifestaron su aprecio de la obra de FSB coinciden en estimar muy altamente su fervorosa dedicación, la magnitud de su aliento, su lucha por la libertad y la dignidad, su concentración en el tema 'tierra-pueblo', su clasicismo, su claridad candente. Haré especial memoria de uno de ellos, el creativo Miguel Espinosa.

En su prólogo a *Encuentros con Anteo* afirmaba Espinosa que el bien puede expresarse pero no describirse y que lo único describable es el mal, de suerte que toda la poesía lírica (discurso de la interioridad) es desesperación, aun la más gozosa y exultante. Desde la raíz misma del dilema 'existencia-palabra', que era donde Espinosa plantaba su reflexión, podía él sostener que la "unión del poeta con el mundo es comunión con contingencias, expresadas, a veces, como exce-lencias, pero descritas, en último extremo, como mal", de donde "la zozobra encerrada en todo poema" (12).

Aunque es trágicamente cierta la angustia que la complejidad de lo creado provoca en el artista de la palabra aun en sus momentos más elevados, quiero leer completo "Encuentro con la vida" (texto del que Espinosa citaba cuatro versos) porque me parece óptimo testimonio de que aquella zozobra es redimida, en el propio acto de crear, verso a verso, por la intensa voluntad de compenetración que anima al cantor de Anteo a hallar, en la misma "heridora inquietud" del vivir, el entusiasmo:

*¡Oh vida vegetal, viva simiente,  
oh vida animal, arrolladora y cálida!  
Esta siembra vital puebla la tierra.  
Su fuerza creadora nos rescata.*

*Instinto, amor, apuntalando el mundo;  
pasión, deseo, incandescente fragua.  
Arde la tierra y sus especies arden  
bajo el sol y el abrazo. Junio estalla.*



*El hombre y su cosecha moran juntos.  
Se sembraron planteles y almajaras  
y se injertaron sobre amargos troncos  
dulcísimas, prometedoras savias.*

*Mirad esta naranja, dulce fuego;  
contemplad esta almendra, fresca nata.  
Suena un río de vida entre la fronda  
y en la tierra, fecundo, se desangra.*

*Procreo, luego existo. Juegan niños  
en las plazas del mundo. Hay un mañana  
en sus claras canciones infantiles.  
Para el amor se engalan las muchachas.*

*En el nombre del árbol se hace el bosque  
y en el nombre del mar se hacen las aguas  
y en el nombre del sol se enciende el mundo  
y en el nombre de Dios la vida se alza.*

*Ya me sube en la sangre una marea  
que hasta el último glóbulo me exalta.  
Echa la vida raíces. Las especies  
se confirman, generan y propagan.*

*Siento crecer la yerba, el mar, la vida.  
¿Se hace la luz ahora, o ya en mí estaba?  
Me pierdo en el recuerdo, hago memoria,  
y vuelvo a los caminos de mi infancia.*

*Y es una acequia grande, y es un río,  
y son muchos brazales, y es una ancha  
y deslumbrante luz entre los árboles  
que va poniendo mi niñez más clara.*

*Y así lo mustio reverdece y surge  
-árbol humano, hipersensibles ramas-  
pleno y claro de vida, y echa raíces  
a contramuerte; a sobrevida clama.*

*Porque no puede ser ya más enhiesta  
la sangre que en las venas se nos alza;  
ni más recta la luz ni más hermoso  
el pardo ruseñor que libre canta.*



*Me encuentro con la vida. ¿No es milagro  
su heridora inquietud, que me entusiasma?  
Su dimensión inmensa está en la sangre;  
su perenne vigencia está en la savia.*

Una vez más, en 1982, volvió a acuparse Miguel Espinosa de FSB al presentar el volumen *Obra poética* que recogía lo escrito por él hasta entonces. Conozco el texto de aquella conferencia gracias a la generosidad de José Antonio Postigo, sin cuyo auxilio devoto yo no hubiera podido hablarles en este homenaje. En síntesis, afirmaba allí Espinosa que el espíritu es geológico, titánico, elemental, paterno-celeste, profético, ascético, objetivo, desértico, se ocupa del hombre y de Dios y del mundo, da a los muertos por muertos, y es mágico. El alma, en cambio, es natal, ama la patria chica, se produce mística y afectivamente, busca el contacto con animales y mujeres y niños y ancianos, el trato con el pueblo; responde a un estado de ternura o inocencia; siente a los muertos todavía cercanos, y no cree que la palabra lo pueda todo, ya que siempre habrá algo inexpresable. FSB, para Miguel Espinosa, era señero ejemplo de equilibrio entre espíritu y alma.

Clarividente exégesis que honra al gran poeta que hoy celebramos.

Y pues nos encontramos en Murcia, es un día de octubre, y todos queremos abrazar a Francisco Sánchez Bautista como él viene abrazándonos desde hace largos años en todos sus poemas, terminaré leyendo este soneto de otoñal y cordial resonancia:

*Agradable de sol y de tibieza  
llega octubre; oloroso de manzanas.  
Llovizna en la ciudad; suenan campanas  
en las torres de Murcia; despereza*

*de su letargo el río; Murcia empieza  
a bullir en sus calles; las mañanas  
ya refrescan; las tardes son livianas  
y nos ganan al fin por su pereza.*

*Un café. La Glorieta. Rinconadas  
donde el sol se remansa, alivia, dora  
el cansancio habitual de las jornadas.*

*Grata Murcia de luz consoladora,  
dulce clima que animas las cansadas  
horas que la existencia nos devora.*

(“El otoño”, *Razón de lo cotidiano*)



Palabras de compenetración en altura constante. Palabras de compenetración gracias a las cuales nuestro poeta, que glosó en *Del tiempo y la memoria*, en otro soneto espléndido, el verso escalofriante de Lupercio Leonardo de Argensola “La sombra sola del olvido temo”, podrá dolerse del olvido como creciente desmemoria personal deplorando aún más el recuerdo inquerido y pesaroso. No ha de temer, en cambio, lo que el poeta barroco expresaba temer (“La sombra sola del olvido temo: / porque es como no ser un olvidado, / y no hay mal que se iguale al no haber sido”). Francisco Sánchez Bautista, que ha venido siendo cuarenta años -verso a verso, poema tras poema- tan consciente remero de su buena poesía murciana y universal, no encallará náufrago en las playas desiertas y remotas donde habita el olvido: ha de alcanzar para nuestros sucesores y sus descendientes, como para nosotros ya alcanzó, “la iluminada orilla prometida”.

NOTA: Aunque conozco todos los libros poéticos de Francisco Sánchez Bautista, las citas de sus textos que en este escrito hago proceden de las primeras ediciones de *Elegía del Sureste* (Cartagena: Trirreme, 1960), *Razón de los cotidiano* (Murcia: Diputación, 1968), *Encuentros con Anteo* (Murcia: Serreta, 1976) y *Alto acompañamiento* (Murcia: Academia Alfonso X el Sabio, 1992). Las otras citas derivan principalmente de *Antología poética (1957-1990)* (Murcia: Universidad, 1990).

